

# A través del espejo

## El lado amedrentador de todas las cosas

Hugo Hiriart

“La completa ausencia, explica Luc Sante, de sexualidad aun sugerida en sus trabajos” (...) han hecho estimar que podría tratarse de un homosexual reprimido. Nada más errado, sin embargo, dado que “lo que es claro y evidente es que la sexualidad, la procreación y el cuerpo humano mismo figuraban entre las cosas que más miedo le causaban”.

Miedo, miedo, ser perseguido por el horror, ése había sido su destino. Tenía miedo entre otras cosas a los invertebrados, la vida marina en general (ahora aquí recuerda un poco, busca dentro de ti mismo, ¿no es cierto que hay algo de monstruoso en caras de niño, arañas, larvas, algas balanceándose como cabelleras submarinas o en la consistencia deshuesada del pulpo?), las temperaturas bajo cero (este horror a lo muy frío, lo congelado, por ejemplo, es una de sus sensibilidades más refinadas), gordos notorios (es raro, los obesos, como los osos, provocan simpatía, no horror), gente de otras razas (al parecer era racista empecinado), la mezcla de razas (desde luego), los barrios bajos (no está solo en ese miedo, ¿hay quien se aventura de noche por Tepito?), los instrumentos de percusión, las cuevas, los sótanos, la edad avanzada, los grandes periodos de tiempo, arquitectura monumental, geometrías no euclidianas, desiertos, océanos, ratas, perros, el campo en Nueva Inglaterra, la ciudad de Nueva York, manchas de



HP Lovecraft

humedad en paredes y todo tipo de hongos, sustancias viscosas, experimentos médicos, sueños, texturas brillantes y texturas gelatinosas, el color gris (brillante, desconfianza y aun miedo del gris), vida de plantas de diversas clases, lapsos de memoria, libros viejos, herencia, niebla, gases, silbidos, murmullos...

En esta larga enumeración, que trae Luc Sante, es significativo lo que falta, aquello a lo que no le tenía miedo; entre esas ausencias podrían figurar cosas frecuentemente amedrentadoras, como por ejemplo los cadáveres y los muertos, la oscuridad y la noche, los fantasmas y los aparecidos; los faltantes, y las presencias muestran que nues-

tro escritor era una especie de aristócrata del recelo y el temor, un exquisito del miedo en el punto de lo incomparable.

Podría haber sido un histérico más, pero no, nunca el miedo fue mejor aprovechado, con una parte de temor, otra de obsesión y una última de trabajo inexhaustible, el escritor fue construyendo paso a paso, susto a susto, su extrañísima galería del horror, y fue dándola a conocer en revistas y publicaciones populares, sin prestigio crítico ninguno, las llamadas *pulp fiction*.

Estamos hablando claro de Howard Phillips Lovecraft (1890-1937) cuyos libros u obsesiones, incluido lo referente a los Mitos de Cthulhu y al funesto volumen *Necromicon*, no fueron apreciados para nada en su morigerada vida (excepto por una minoría de lectores fidelísimos), para Edmund Wilson, el árbitro de la elegancia literaria en Estados Unidos durante el siglo XX, que nunca lo quiso, los escritos de Lovecraft (qué nombre) apenas rozan la literatura sin entrar en ella. Pero el lector común por todas partes los ha coronado como un maestro del género del horror difusivo y ahora, después de tantos años, su obra alcanza la distinción de aparecer en la Library of America en condición de clásico de las letras norteamericanas. Y como a menudo sucede en la literatura americana se eleva a clásico a un escritor profundamente anómalo y claramente irrepetible. **U**

Lovecraft podría haber sido un histérico más, pero no, nunca el miedo fue mejor aprovechado.